

EL MUNDO, TAMBIÉN UN PAÑUELO LITERARIO DOS NOVELAS ANTIIMPERIALISTAS, UNA COMPARACIÓN*

Víctor Valembois**

Acaso ignoras, monstruo, tigre, europeo, lector (...) que acabas de tragarte mi corazón (...) Pero el lector com-prenderá que no estoy hablando de mi propio libro aquí¹.

Para: Jorge Chen, porque tu y yo, trabajando en el mismo campo de las letras y más allá de continentes y tiempos, seguimos en paralela lucha por más humanidad.

RESUMEN

En ocasión anterior, presenté la novela *Max Havelaar*, del holandés Multatuli a un público centroamericano, motivado por el interés de documentar luchas anti-imperiales desde Bartolomé de Las Casas hasta hoy. En esta nueva incursión mía, analizo no menos de diez curiosos paralelismos entre la misma novela decimonónica y *Mamita Yunai*, una de las principales novelas costarricenses de tendencia anti-imperialista. Desde luego no hablo de influencia en un sentido u otro, pero tampoco se trata de algo meramente aleatorio. Desde la perspectiva del lector, defiendo el interés de la comparación en un contexto de creciente globalización que debería implicar conocimiento de búsquedas paralelas de un lado y otro del Océano Atlántico.

Palabras clave: literatura comparada, anti-imperialismo, literatura neerlandesa y costarricense; perspectiva del lector.

ABSTRACT

Previously, I introduced the novel *Max Havelaar*, written by Multatuli, a Dutch writer, to the Central American reader, interested as I was in documenting anti-imperialist battles from Bartolomé de Las Casas to the present. In this new initiative, I analyzed no less than ten interesting parallels between *Max Havelaar* and *Mamita Yunai*, one of the most well known anti imperialist Costa Rican novels. I do not speak of influences in one way or another, but these coincidences are neither a mere accident. From the perspective of the reader, I do present the comparison in a growing global context that entails the search for parallels on both sides of the Atlantic Ocean.

Key words: comparative literature, anti-imperialism, Dutch and Costarican Literature; point of view of the reader.

* En primera versión, este texto constituyó una ponencia para el IV Coloquio sobre Literatura Costarricense, en la Universidad de Costa Rica, a fines de mayo del 2007.

** Catedrático, Universidad de Costa Rica.

Recepción: 19/9/07 - Aceptación: 22/9/07

1. De lo aleatoria... a lo global, desde el lector

Tienen razón mis detractores: confrontar, como pretendo, *Mamita Yunai* con *Max Havelaar*, bastante tiene de aleatorio, de fortuito, de sin sentido... para ellos. ¡Cómo no! La primera obra, bien conocida entre nosotros, es de Carlos Luís Fallas, un costarricense de mediados del siglo XX; la segunda, de un holandés de la segunda parte del siglo XIX. Son autores y productos de épocas, ideologías y lugares tan distintos como distantes. Para peor, este profesor comete la osadía de relacionar lo que en rigor metodológico no conviene mezclar: el producto literario con lo biográfico del autor. Hay un problema adicional: en Costa Rica, la mayoría de la gente ubica sin tropiezos a Carlos Luís Fallas, en cambio, pese a que el suscritor ya ha escrito sobre él, en este mismo país², de seguro casi nadie conoce a Eduardo Douwes Dekker. Mi atrevimiento asociativo se complica aun más, entonces, si mi auditorio no conoce uno de los dos polos. ¿Estaré pretendiendo comparar lo incomparable?

Pero necio como soy, quiero poner una pica en Flandes..., en el sentido histórico de la expresión: superar una dificultad tremenda: el desconocimiento de lo más allá de sus fronteras. No es que el presente trabajo va a remediar el asunto, pero sí quisiera por lo menos contribuir a solventar el obstáculo. Ya antes de la cacareada última ola de globalización³, autores diversos y dispersos como Montaigne, Puchkin y García Lorca, entre otros, siempre con la misma metáfora, insistían en “abrir la ventana” y eso que vivían en países y entre culturas mucho más grandes.

Por eso, entre amantes de las letras, fomentemos un concepto y una vivencia de “globalización” que parte de este conocimiento superior, tabla de enriquecimiento y por último de salvación que constituye el arte. A como la globalización aumentó cierto grado de uniformización cultural, podemos contrarrestarla, también en lo literario, entre otros con adecuadas traducciones. De este modo se verá que en matices variopintos, inmensamente amplios, tanto en San José de California como en San José de Costa Rica, florece la búsqueda de lo humano por medio del

arte. Depende en gran parte de nosotros que esos intercambios no se vuelvan unilaterales, asimétricos. Viva entonces la globalización literaria, si ella implica en forma paralela que conozcamos las grandes obras de allende nuestras fronteras, en estupendas versiones (pienso en el *Hamlet* traducido por nuestro Joaquín Gutiérrez), y a la inversa, que con talento lo nuestro sea puesto al alcance del público internacional. Un valioso ejemplo en este caso fue *The stories of Tata Mundo*, a partir de la obra por antonomasia de Fabián Dobles⁴.

Ahora bien, para mayor dificultad, la novela que quiero confrontar con *Mamita Yunai* no la he encontrado en español, lo cual vuelve aun más arduo mi experimento. Por lo anterior me basaré en una estupenda edición en inglés: lo importante es romper barreras.⁵ A modo entonces de resumen, ubicación y valoración para el lector, sin el quizá involuntario apasionamiento del que aquí escribe⁶, me propongo simplemente transcribir lo que señala la solapa de la edición en cuestión:

Unos de los escritos de acusación más poderosos contra el colonialismo que se haya escrito, Max Havelaar mandó una sacudida a través de Holanda cuando se publicó por primera vez en 1860 e incluso después, a los 120 años, genera todavía fuertes emociones. Narra la historia de un joven funcionario civil en la administración colonial el cual, en 1856 chocó de frente con su gobierno cuando intentó que este reconociera las barbaridades y la corrupción dominantes en la colonia holandesa de Java (Indonesia). Todavía ahora Max Mavelaar resulta mucho más que un panfleto o una novela autobiográfica. Su estilo innovador, sus caracterizaciones estupendas y, sobre todo, su vitalidad y sátira punzante la transforman en sí misma en una poderosa obra literaria.

Ya se sabe: las solapas constituyen parte del montaje comercial de un libro, pero puedo asegurar que habiendo leído la obra en mi juventud y ahora también en inglés, sin complicaciones suscribo este comentario, ¡toda una invitación a confrontarla con *Mamita Yunai* y de paso a ser “glocales”, es decir locales y globales al mismo tiempo, también en lo artístico! A estas alturas del siglo XXI, verdadero antídoto contra el complejo del ombligo, se impone la confrontación enriquecedora. Afirmo que los perros y los gatos pertenecen al mismo reino animal

(¡vaya descubrimiento!) y desde un punto de vista del observadores que somos, es interesante constatar que aparte de cuadrúpedos, más allá de circunstancias y evoluciones diferenciadas, *Mamita Yunai* y *Max Havelaar* tienen una serie de elementos en común: sus respectivos autores y productos pertenecen a la especie de los seres humanos, en este caso, la raza felizmente todavía no en extinción, de los luchadores.

En el contexto anterior, de aislacionismo versus apertura, no me sorprende la aseveración de Carlos Cortés: *la literatura costarricense - costarricense, en este caso- ya es suficientemente masturbatoria, autorreferencial y centrada en sí misma y no en el lector*⁷. A mí, en cambio, por suerte me asiste una tremenda ventaja en el entorno: con aproximadamente igual cantidad de años de vivir por uno y otro lado del Atlántico, como en la canción puedo afirmar que *no soy de aquí ni de allá*. Probablemente con más facilidad que otros, educados en este asfixiante⁸ valle intermontano, invoco aquí, como lector justamente, la posibilidad de acercarse en el pensamiento crítico las dos novelas aludidas: constituye un ejercicio de intertextualidad consciente, provocada y ojalá provocativa para mi receptor. Salgamos de la aldea del vanidoso, sí, evoco a Martí, otro ciudadano del mundo, porque el lector contemporáneo, con mayor razón que antes, debe asumir voluntariamente una perspectiva mundial, pero el medio lo coarta, porque la educación local enseña a ver el ombligo.

2. Cinco ejes comparativos, en busca de un lector

La edición inglesa en que me basaré contiene una introducción de mano de R. P. Meijer, larga y densa (13 páginas), lo mismo que la publicación costarricense⁹ ofrece un prólogo sugerente (5 hojas), de mano de Víctor Manuel Arroyo. Como material crítico, ambos prefacios nos vendrán de perlas. Pero en función del anhelado conocimiento universal de ambas novelas, en universitaria universalización de ideas (valga la redundancia), sorprende constatar que más allá de ganchos comerciales, cantidad de afirmaciones que Arroyo pone en su comentario, también calzan para *Max*

Havelaar, sin que hubiera el mínimo indicio de que los prologuistas supieran de otra novela en cierto sentido paralela. Las aseveraciones del finado profesor me servirán de estupendo trampolín comparativo y valorativo, cuestión de ir motivando también respecto de la obra artística europea.

A. Empieza el recordado colega evocando *la enorme deuda nacional a nuestro primer novelista* (7), cosa que no puedo sino suscribir enteramente respecto de la zona geográfica donde chupé las primeras letras y tuve la primera sensibilización en cuanto a la colosal preguntita que sigue en pie: ¿qué es arte? Pero también me surgen dos dudas en vez de deudas. Lo primero es que, sin duda el arte puede contribuir a un sentimiento nacional: nadie discutirá, por aquí, el aporte de *Mamita Yunai* a la conciencia colectiva de este pueblo, lo mismo que cabe señalar que para Bélgica, un paralelo sentir de cohesión nacional se cristalizó precisamente en torno a una obra de arte, concretamente de ópera.¹⁰ Por otro lado, tanto a *Mamita Yunai* como a *Max Havelaar*, por ambos lados del gran charco, el sistema educativo les ha asignado un papel fundacional en el quehacer literario, cosa que en sendos casos se presta a discusión. Pero ya la pica en Flandes está muy recargada y no voy a retomar este punto ahora¹¹. En todo caso, lo de *primer novelista*, aquí no ha de entenderse en sentido cronológico¹².

B. En clara referencia a *Mamita Yunai*, afirma mi guía que *algunos espíritus mezquinos se atrevieron a negar los méritos* (7). Exactamente lo mismo le pasó a *Max Havelaar* en su región natal. Por un lado, sería una larga pero interesante historia confrontar en ambos casos tanto las peripecias con las que chocaron los dos autores para ver su obra publicada, como por otro lado, la manipulación de la que fueron víctimas en el mismo proceso editorial, irrespetando su creación artística. Moraleja: los intereses creados y la mediocridad son universales, pero al haber superado por lo menos parcialmente estas dificultades en el camino, también a Carlos Luís Fallas se le puede aplicar ese *sentimiento romántico y quijotesco* (5), que Meijer atribuye a Multatuli.

C. *No es una obra de afán proselitista* (8), continúa don Víctor, y acto seguido, el otro Víctor que soy yo, subrayo también concordancia con la otra obra en exégesis: ninguno de los escritores cayó en esa trampa mortal, del arte al servicio -y a la larga dependiente de- una ideología, una causa, por noble que fuera. Ninguno cayó en labor de pura propaganda, por muy urgidos y golpeados que resultaran en sus respectivas causas. En rigor, en ambos casos la apreciación correcta más bien sería que las dos obras, cada una por su lado, sí tenían y guardan un sello *engagé*, nada de cómoda neutralidad, comprometidos como uno siente a sus autores hasta los huesos. Pero su fuerza artística es tan poderosa que sus creaciones trascienden el mero proselitismo.

D. *No sabía nada entonces el autor de escuelas ni de estilos, de modas literarias, ni de recursos ni de trucos artísticos* (8), continúa afirmando Arroyo, refiriéndose a Fallas. Algo similar se puede expresar de Multatuli, con la diferencia de que los dos tenían una preparación general muy distinta. Respecto de Fallas, se recalca *una escasa instrucción, -la escuela primaria y dos años de segunda enseñanza-* (8), cosa que no calza para Multatuli, pese a que *tampoco terminó la secundaria, faltándole tres años, por razones desconocidas* (1), señala la introducción en que me inspiro. En gran medida los dos creadores a los que aludo resultaron entonces lectores naturales, autodidactas. La diferencia estriba en que a Fallas, la situación socio-económica y familiar le resultó realmente adversa, por lo que tenía muy malas bases para empezar a volar en el campo literario. Nada de eso se puede decir de Multatuli, hijo de un capitán marino de clase relativamente acomodada (1). Tuvo entonces unas bases de educación refinada, hasta con latín. El resultado es que mientras Calufa tenía que trabajar para subsistir, su colega holandés, sin tener realmente tampoco preparación específica como escritor (¿quién la tiene?) ni interés anticipado en este sentido, se empapó de modelos clásicos de escritura. De novio, visualizó además páginas de práctica, se puede decir que literaria, que lo dejaba con otra ventaja frente a Fallas.

E. Pese a esta sensible diferencia de circunstancia, en términos orteguianos, vuelven esas personas a coincidir mucho en su ímpetu temperamental y la motivación que de repente los llevó a ser escritores. Las constatación de Arroyo de que Fallas *escribió (...) porque tenía mucho que decir y denunciar* (8) también se aplica a Multatuli. De repente ninguno de los dos aguantó. Agarraron la pluma, desbordados por un contexto de patológica injusticia social que los hizo salir de sus casillas. Y sigue el paralelo: *esta denuncia adquirió rango innegable* (8), como consecuencia de su ímpetu y desde luego el talento de ambos. En los dos casos, el arranque inmediato a escribir es su respectivo oficio, y, de allí, cada vez, la denuncia de la injusticia: Fallas, como dirigente obrero y Multatuli, como funcionario administrativo. Ambos se ven conminados a poner sobre el papel lo que han vivido y hasta sufrido, ellos mismos y las personas a que se refieren. Como en una caldera denuncian tanta degradación volcando todo sobre el papel, cerca del momento de la acción. En ambos casos, felizmente para la posteridad, sobre la base de estos primeros manifiestos escritos ya con calidad estética y de tremenda autenticidad vivida, con el tiempo se ponen a pulir lo ponderado inicial. Ninguno de los dos escribió ni publicó *illico presto* con la idea de ser literatos. Fallas escribió *Mamita Yunai* seis años después de lo acontecido; en Multatuli, fue tres años más tarde.

Hasta aquí, constatamos no menos de cinco extraños ejes de coincidencia entre autores que por lo demás eran de latitudes y épocas muy diferentes: con un título de este apartado, robado a Carmen Naranjo, la cual a su vez se inspiró en Pirandello, apenas he querido esbozar el camino: el lector costarricense de ojos abiertos podrá profundizar, y allí sí, posiblemente lo hará mejor que yo.

3. **La reflexión anti-imperial: rayo que no cesa (otros cinco ejes de comparación)**

A Carlos Luís Fallas y a Edgard Douwes podemos seguir comparándolos en forma provocativa en torno a la razón social y política que

desencadenó su respectiva furia literaria: más allá de continentes y de calendario, es la lucha contra el imperialismo. Pero en este punto, junto con constatar otros cinco paralelos, también quiero subrayar formas distintas.

F. La incidencia de lo histórico y la ubicación personal en el eje cronológico y en lo (auto-)biográfico. Como se sabe, Fallas refirió básicamente a hechos de 1934, con motivo de la gran huelga bananera; su “compañero de fórmula” (si puedo atreverme con este símil) evocó hechos mayormente de 1856, con la corrupción de su país en Indonesia, casi ocho décadas antes del tico: en uno y otro observamos lucidez “socialista”, enorme entrega personal y profunda repercusión humanista en sus respectivos países. Multatuli le gana a Fallas en el eje cronológico, pero en el aspecto de compromiso juvenil es al revés: el tico, nacido en 1909, escribió *cuando apenas había vivido poco más de treinta años* (8), mientras Multatuli, quien nació en 1820, terminó su libro en 1859, unos diez años menos joven. Es admirable esa sensibilidad social, más en el caso del autor holandés, por simultáneo, prácticamente al grito de Marx, allí donde el costarricense, mucho más tarde, está claramente imbuido por la filosofía del alemán. Fallas y Douwes denuncian a su propio gobierno, pero el grito del holandés (¡al estilo de Munch!) resulta aun más fuerte, no solo por ser anterior, sino porque él ha sido parte del gobierno colonial que denuncia: ¡es más difícil ver claro y atreverse a romper ¡desde dentro! Douwes no afloja nunca su tono de denuncia: es como si alguien, del lado de Minor Keith, el constructor del ferrocarril al Atlántico, abandonara sus propias filas acomodadas y se pusiera del lado de los trabajadores muriéndose en la línea.

G. Intertextualidad entre historia y (auto-)biografía. En sendos casos sobre el tapete tenemos un claro compromiso político, entre otros por la vía literaria, para desnudar un entramado vergonzoso en el plano de las relaciones internacionales, pero metiéndose los dos con la pluma y con el propio pellejo. Ambos, desde su circunstancia respectiva, recurren no solo al mismo tipo de arma, la literaria, sino que a las claras

no se preocupan por separar su persona de su personaje. Es el caso del José Francisco -el autor metido en la novela, en la obra del costarricense; es también el caso del holandés, no tanto por un solo personaje, sino por tantos episodios que uno palpa como directamente vividos. En este punto quiero subrayar además el paralelo entre los dos autores, respecto de la importancia del seudónimo. Detalle diferenciador, el alias de *Multatuli* (latín para: he sufrido mucho) lo inventó el mismo escritor en un arranque romántico y de auto-compasión; en cambio, el apelativo *Calufa* lo pusieron los demás en simpatía por sus luchas.

H. Es correcta la observación de Víctor Arroyo: *los libros de historia suelen presentar solo los hechos descollantes, omitiendo (...) la referencia a la vida cotidiana, las hazañas anónimas...* (8), cosa que los dos escritores suplen con meter en primer plano a personajes populares. También aplica a *Max Havelaar* lo que señala el maestro costarricense: hay una *reproducción del habla popular*, [solo que contra] *el falseamiento (...) que cometen los folkloristas de almanaque*. (9) Pero el enfoque es distinto: *Mamita Yunai* muchas veces constituye un relato de aventuras entre gente sencilla, más que un relato sobre la explotación. *Max Havelaar*, sin dejar de ser también un trabajo valioso de antropólogo al rescate de las gentes locales, resulta mucho más fuerte. En la contraparte local se observa *suspense* aventurero, y amenidad: hasta conversan en la misma mesa los contrincantes políticos. Hay confrontación, pero a la tica: tensión, pero no definición tajante; existe rivalidad, pero no lucha abierta. Muchas veces, más bien asistimos a un ameno relato costumbrista. En Douwes, los personajes populares, más allá de su grito lírico-épico, nunca tienen oportunidad siquiera de dialogar con su opresor.

Otro curioso paralelo: al final de los dos trabajos artísticos figura un glosario. Es confesión de localismo, inconveniente o en todo caso dificultad para la difusión internacional. Constituye un problema de traducción agravado en el caso costarricense, porque esos términos mucho tienen de auto-contemplación, para el autor Calufa como todavía para sus receptores,

bajo el campanario. En cambio, en Douwes, él es personaje, en extrema simpatía, en sentido original de com-pasión con los indonesios, pero nunca pretende ser confundido con ellos. Por ende, es más fácil traducir *Max Havelaar* que hacerlo con *Mamita Yunai*, donde el léxico local adquiere un valor en sí, pero va un tanto en detrimento de la fuerza expresiva contra el forastero.

I. Por último, en esta confrontación respecto de la temática anti-imperial, asistimos dolorosamente a una deformación precisamente por la misma educación. Explico y aplico. En sus respectivas y naturales zonas de “aterrizaje”, las obras artísticas en cuestión han sido y son exaltadas de manera nacionalista, causando lo que cierto chovinismo siempre trae consigo: el no querer o no atreverse a mirar “el huerto del vecino”, en términos del recordado Rodrigo Facio. Constatamos además una paralela hipocresía por el mismo sistema educativo, por ambos lados del Atlántico: tenemos literatura fundacional en ambas partes, por parte de sus creadores, y por parte de sus decodificadores asistimos a un similar énfasis nacionalista, a partir de las bancas universitarias. En el colegio tuve que leer la obra holandesa, lo mismo que aquí se hizo durante bastante tiempo con *Mamita Yunai*. Pero en su momento los respectivos gobiernos no hicieron nada. Mucho tiempo después, cómodamente se enseña a valorar el anticolonialismo... a partir de situaciones enterradas, con el piadoso deseo institucional de que a ningún educando se le ocurra asociar con problemas contemporáneos y encender la mecha del pensamiento y la acción aunados...

J. La invocación del lector: *Max Havelaar* es una vieja novela con un recurso muy precursor. A los que solo ven hasta los límites de sus fronteras nacionales, los invito a ensanchar su horizonte y ver cómo la presencia del lector, en la obra holandesa refuerza enormemente la denuncia anti-imperial. Si en *Mamita Yunai* no se observa, que yo recuerde, técnica alguna para tirar al lector a la piscina por la fuerza, en cambio en *Max Havelaar*, la resonancia personal comentada se refuerza con una sui generis apelación constante

al lector. No deja a nadie de lado: el texto va dedicado al Rey, al cual alude dentro de la novela: *vea, Majestad, es lo que está pasando en su imperio, ¡en su adorado Imperio de Insulinda!* (p. 246). Advierte que *lo suyo es aburrido o monótono* (cuatro veces entre pp. 244 y 245, también 253, 258, 274, etc.), pero todo aquello, también como recurso para provocar la función apelativa, la invocación provocativa. Constituye una preocupación constante, explícita en el holandés: *que mi relato sea de utilidad para el lector más tarde, cuando nubes oscuras se amontonen sobre su cabeza* (222). En determinado momento el narrador exclama: *¡quiero ser leído!* (subrayado en el texto, dos veces en p. 318). *Este libro no es sino el comienzo. Sí, a mí me van a leer* (318). Pese a una mayor cantidad de años transcurridos, por este tipo de hechura, la novela de Multatuli resulta entonces válida todavía como arma anti-imperial. Como no.

4. “Sangre, dolor y arte”

Combatir con la pluma sigue siendo una posibilidad: ¡un arma penetrante y vigente! Calufa y Multatuli *lucharon con su pluma*, como se señala para el segundo en el prólogo respectivo (VII). La receta de Winston Churchill, al preparar a sus compatriotas al combate antinazi fue el conocido grito de “sangre, dolor y lágrimas”. Nosotros podemos y debemos darle también otro ropaje: es el “sangre, dolor y arte” de Pablo Antonio Cuadra, aquí en la versión más precisa de “sangre, dolor y novela”: es el enfoque de sendos autores, igualmente aplicable a la perspectiva del lector. Con recursos deficientes y hasta con ausencia de texto, me he empeñado en motivar para una antitética lectura de dos novelas anti-imperiales. Tiene también razón Arroyo *las evocadas realidades brutales e inhumanas persisten, a pesar de calculadas apariencias* (9) y, cómo no, sirve aquí igual la aseveración de *Max Havelaar: ...la causa de la justicia y del humanismo es la misma que la causa de un ilustrado auto-interés* (317).

Pero desde esta esquina del tejido histórico y artístico global, afirmo: el mundo es también

un pañuelo literario. No podemos seguir sentados en la platónica caverna local. Aprovechemos para lo nuestro todo el tejido de la literatura de este ancho y no tan ajeno mundo.¹³ Mal haríamos en arrinconarnos con “lo nuestro”, en nuestra esquina, restregando nuestros intereses: la clara lección de José Martí, para citar otra vez a este luchador grande, de otra nacionalidad, en afanes de independencia y de dignidad que también se pueden comparar, es que él sí estaba al tanto de lo que pasaba al otro lado del Atlántico. Para ello recurrió a una especie de internet *avant la lettre*, armándose hasta los dientes... las letras, en una globalización estética por la que vale la pena seguir luchando.

Por lo anterior, a modo de invitación a la propia confrontación novelesca y real, por cada uno, he elaborado por lo menos diez “puentes” entre dos novelas anti-imperiales. Más allá del fácil argumento de lo aleatorio, conviene hacer el esfuerzo de la confrontación precisamente para ahondar en la lectura de lo propio. Resulta demasiado burdo el argumento de que “en todas partes se cuecen habas”, cosa cierta pero encubridora, porque, problema semántico, ¿estaremos hablando de los mismos ingredientes? Y luego, dificultad estética, ¿no es cierto que también el arte culinario se encuentra en el cómo? Por lo anterior, aparte de sorprendentes similitudes entre los dos trabajos, más allá de tiempos y espacios, también apunté sustanciales diferencias.

Observemos un cruce curioso: mientras avanza la globalización, nos guste o no como realidad sobre todo con base en el desarrollo científico-tecnológico, en paralelismo antitético mayor se hace la tendencia de muchos grupos, sobre todo en el sector educativo, hacia un énfasis, incluso una cerrazón en función de lo local. Al respecto, basta ver cómo en términos solo de una generación los mayores, aparte de buena visión sobre lo vernáculo, tenían algún conocimiento de lo de afuera, cosa que los jóvenes van perdiendo. La “televisión” local, lejos de enseñar a ver “lejos”, como predica su etimología, encierra en lo local e inmediato. Por si fuera poco, al haberse suprimido o en todo caso debilitado la materia de “literatura universal”, los jóvenes postmodernos ya no tienen áncora literaria para

la comparación y para forjar sus propios criterios de valores, por obras y códigos estéticos de mayor vuelo. Pese a que debemos una absoluta admiración por Joaquín García Monge, por ejemplo, sobre todo por su inconmensurable labor con el *Repertorio Americano*, no deja de ser poco beneficioso bloquear, poco menos, la atención de los estudiantes en *El moto*, allí donde quizá sería más productivo leer y estudiar *Abnegación* y otras novelas de Tolstoi, que inspiraron a nuestra novelista. Se constata una cierta miopía paralela en torno a *Mamita Yunai*, cuyo valor nadie debe subestimar, pero cuyo enfoque en la enseñanza actual refuerza una contraproducente mentalidad insular en los educandos. Lo mismo pasa, por ejemplo en lo histórico, con el sobrecargado interés en torno a la gesta del 56, cuya importancia no se no se pone en duda aquí, pero que se enseña y recalca en demasía en detrimento de otras épocas del acontecer nacional, siempre visto, por desgracia, casi aislado del resto del mundo. ¿Más ejemplos? Este centenario de Amighetti estuvo plagado de recordatorios mirando el solamente lo propio, allí donde don Paco, desde los años treinta, en Argentina y en tantos ámbitos internacionales, se enriqueció viendo por la ventana grande, la del mundo¹⁴.

En definitiva, pese a que *Mamita Yunai* ya no está entre las novelas obligatorias, confío que muchos la seguirán leyendo, por su evidente interés histórico y el paralelo con luchas actuales: el TLC y otras batallas por venir, te lo conté... y de allí el interés todavía del epígrafe, que pongo aquí, como invitación que también a nosotros nos hace *Max Havelaar*. Este relato escrito en Bruselas hace siglo y medio (casi) debe también interesar en Costa Rica, por la misma razón.

Notas

- 1 En mis citas, me basaré en la edición inglesa, de Penguin Classics, New York, 1967. Aquí, p. 134. Hasta el momento no he encontrado una traducción española.
- 2 *De Bartolomé Las Casas al TLC, pasando por Multatuli*, revista *Letras*, UNA, n° 39, enero-junio 2006, 141-159.

- 3 Ver mi texto sobre esa problemática: “La incidencia idiomática de diversas globalizaciones”, *Estudios Filológicos*, Universidad Austral, Valdivia, Chile, n° 37, 2002, pp. 151-167.
- 4 Traducción hecha por Joan Henry, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1999.
- 5 *Max Havelaar or the coffee auctions of the Dutch Trading Company*, Pinguin Classics, New York, 1967.
- 6 Siendo yo ciudadano belga, pero de habla neerlandesa (u “holandesa”, término en realidad menos apropiado), tuve conocimiento y lectura de esta importante obra del país al norte del mío, con la facilidad del mismo idioma.
- 7 P. 14.
- 8 Interpreto en este sentido expresiones entre otros, de Isaac Felipe Azofeifa (en *La isla que somos*) y de Constantino Láscaris (en *El costarricense*).
- 9 Yo manejé la segunda edición, decimocuarta reimpression de la Editorial Costa Rica, 2006. Las cifras entre paréntesis referirán directamente a las páginas de uno y otro prólogo.
- 10 En efecto, *La muda de Portici* desencadenó la revolución belga de independencia (de Holanda), en 1830.
- 11 En el ámbito costarricense son muchas las novelas que podrían aspirar legítimamente al título de *primer novelista*. Allí están, entre otros, García Monge, con *El Moto*, y Marín Cañas con *El infierno verde* y *Pedro Arnáez*.
- 12 En su reciente y estupendo ensayo, *La gran novela perdida* (ed. Perro azul, 2006), Carlos Cortés sitúa *Pedro Arnáez* como entre *las cinco o seis grandes novelas de la literatura costarricense* (p. 50).

- 13 Durante las mismas jornadas de reflexión sobre la literatura costarricense que nos animó, el colega Oscar Alvarado expuso con convicción contagiosa una mirada “quijotesca” sobre El infierno verde, de Marín Cañas. Enhorabuena.
- 14 Ver mi colaboración académica: *Francisco Amighetti y su “viaje” a Bélgica*, Revista *Escena*, UCR, n° 61, 2° semestre del 2007.

Bibliografía

- Cortes, Carlos. 2007. *La gran novela perdida* (historia personal de la narrativa *costarricense*), Ed. Perro Azul.
- Fallas, Carlos Luis. 2003. *Mamita Yunai*, Editorial Costa Rica, 2ª ed, 6ª reimpression.
- Multatuli. 1967. *Max Havelaar or the coffee auctions of the Dutch Trading Company*, (edición en inglés), Pinguin Classics, New York.
- Multatuli. 1979. *Max Havelaar of de koffieveilingen der Nederlandse handelsmaatschappij*, (edición en neerlandés), L. J. Veen - Ede, Amsterdam.
- Valembois, Víctor. Enero-junio 2006. *De Bartolomé Las Casas al TLC, pasando por Multatuli*, revista Letras, UNA, n° 39, 141-159.